

sino para entregarse á todo el fervor de su zelo, y al espíritu de penitencia que le anima; que ni parece, ni quiere ser superior de sus hermanos, sino para adelantarseles, para aliviarlos, para servirlos; que los sostiene con la virtud de sus oraciones, con la union de sus discursos, con la fortaleza de sus ejemplos; el primero á todos los ejercicios, el ultimo al descanso, consolando á los tentados, sobrellevando los flacos, animando los flojos, elevando los perfectos, proporcionandose á cada uno con la mas prudente discrecion, haciendo observar por amor la disciplina mas austera; en una palabra, formando aquellos primeros Santos, que havian de ser fecunda semilla de tantos otros.

El olor de las virtudes, que se practican en Claravál, se exhala en breve tiempo hasta los vecinos paises, y excita la curiosidad. Quieren vér con sus propios ojos, como vivirian los Angeles en la tierra, si viniesen á habitarla en cuerpos

pos mortales. Mas quanto se acerca á Bernardo, queda convertido, y ganado para Jesu Christo. Dilatase lexos en poco tiempo la reputacion de su santidad; acuden á monton discipulos de todas naciones á ponerse á su obediencia. Prontamente la primera habitacion es muy estrecha; es necesario construir otro nuevo edificio, capaz de contener hasta setecientos Religiosos, que se juntarán, segun la expresion de la Escritura, como un solo hombre, y que en efecto no tendrán si no un corazón, y una alma. Prontamente los Principes, y los Reyes, como otras Reynas de Sabà, vendrán de las extremidades de la Europa á oír la sabiduría del nuevo Salomón, y ver el orden de su dichosa casa. No hallarán riquezas de muebles, ni sumptuosidad de mesas, ni magnificencia de edificios; pero admirarán el silencio, el recogimiento, la alegria pura, el desinterès, la modestia, la abstinencia de los habitantes de este santo lugar, y se

volverán, dándose golpes en los pechos, los ojos bañados en lagrimas, no hallando cosa mas digna de embidia, ni de ser deseada en la tierra, que la felicidad de vivir asi. Prontamente las Ciudades, y las Provincias á porfia, querrán para su gobierno Prelados criados en Claravál, y aquel inculto valle, antes desconocido, vendrá á ser el Seminario de los Obispos. Prontamente los Reynos pedirán de todas partes al Santo Abad hijos formados de su mano, para animar en ellos la piedad, que desfallece, y hacer florecer la religion. Prontamente, con una novedad nunca oída, un Alfonso de Portugal, penetrado de la mas profunda veneracion, hará su Reyno tributario de la Santa Abadía, y establecerá una renta annual, en testimonio de su dependencia, y vasallage. Prontamente muchas numerosas Congregaciones dexarán sus prácticas, y usos para agregarse al nuevo orden; y como arroyos, que pier-

pierden su nombre, introduciendose en un copioso rio, tendrán en adelante mayor curso, y magestad. Prontamente, volviendo de sus viages apostolicos, traerá el Abad en triunfo á su desierto sesenta, y ochenta cautivos voluntarios de todos estados, de todas edades, Magistrados, Cortesanos, Cavalleros, Doctores, Eclesiasticos, Religiosos, Obispos, que vienen á abrazar la penitencia debaxo de su gobierno. Prontamente se sacarán de la soledad almas, consumadas ya en la virtud, y las embiará á fundar nuevas colonias por toda la Francia, en España, en Portugal, en Saboya, en Italia, en Alemania, en Suecia, en Ungría, en Dinamarca, en los Países Baxos, en Inglaterra, en Olanda. Tendrá Bernardo el consuelo de ver antes de su muerte mas de ciento y sesenta Monasterios de su filiacion, animados todos con su espiritu, llenos todos de hijos, dignos de ser reconocidos por tal padre, y de discipulos, cuya virtud dice la es-

cuela, de donde salen, y la mano maestra, que los ha formado.

De estas fuentes tan puras salieron, señores, despues tantos Santos, que honra la Iglesia con el mas religioso culto, tantos gloriosos martyres, tantos illustres penitentes, tantos Apostoles infatigables, tantos célebres Doctores, tantos grandes contemplativos, tantas Virgenes admirables, que á imitacion de la hermana de Bernardo, á pesar de la flaqueza de su sexo, pudieron seguir, y aun adelantarse à hombres, que caminaban à paso de gigantes. En estas fuentes tan abundantes halló la Iglesia en las mayores urgencias todos los socorros que necesitaba; quatro Soberanos Pontifices, doce Cardenales, catorce Patriarcas, ochocientos Arzobispos, mil y quatrocientos Obispos, que la ilustraron con su doctrina, la sostuvieron con su zelo, la santificaron con sus exemplos. A estas fuentes tan puras, y tan abundantes vinieron siete Reyes, ò Reynas, veinte

In-

Infantes, ó Infantas, innumerable Principes, y Princesas, una prodigiosa multitud de personas illustres en el mundo, á buscar la verdadera grandeza, y adquirir por su santidad una reputacion, un nombre, que no huviera por otra parte podido darles la historia, á pesar de su elevado nacimiento. Haced, señores, juicio de esto despues de quinientos años por el espectáculo, que actualmente tenéis delante de los ojos. Todo quanto distingue mas el mundo, lo que se estima en el mundo mas, lo que se desea mas en el mundo, lo que se llama bienes de fortuna, nobleza, grandeza, riquezas; lo que se llama dones de la naturaleza, prendas naturales en el cuerpo, en el entendimiento, en el corazon, en el natural, todo esto abandonado, ò sacrificado por Jesu-Christo. No alabémos en estas esposas del Salvador lo que ellas mismas desprecian, sino esta regularidad constante, sino esta conducta irreprehensible, sino este amor al

re-

retiro, sino esta union pacifica, sino este gusto en la oracion, y penitencia, que anima todos los miembros de esta illustre Comunidad, y que no dexa otro cuidado á la que la gobierna, que el de moderar los excesos de fervor, y el de pensar en personas, que ya no piensan en sí mismas. Ved, pues, aun el dia de hoy la obra de Bernardo. Su espiritu es, su regla es, sus piadosos escritos son, sus virtudes meditadas son las que ofrecen á vuestra vista, y hacen resucitar en el mundo las Isabeles, las Christinas, las Margaritas de Flandes, las Umbelinas, las Enmengardas de Francia, las Gertrudis, las Hedvigis de Polonia, tantas heroínas de la misma congregacion, cuya vida nos parecería increíble, si lo que el dia de hoy practican estas Virgenes de Jesu-Christo no nos probase lo que en tiempos pasados pudieron hacer otras.

Mas nosotros, christianos oyentes
mios, permaneceremos siempre insen-
si-

sibles, é inmoviles á vista de estos exemplos? Almas inocentes corren á la cruz, y se sujetan con alegria á todos los rigores de la penitencia; y nosotros pecadores, manchados con culpas, no queremos ni oír hablar de mortificacion. Almas generosas, á pesar de todos los alhagos del mundo, que las llama, á pesar de toda la ostentacion de bienes, que hace brillar delante de sus ojos, á pesar de todas las esperanzas, con que las lisonjea, à pesar de todos los artificios, con que procura insinuarse en su corazon, rompen las ligaduras de la carne, y sangre, toman alas de paloma, y huyen volando á las santas montañas; y nosotros, que no hallamos en el mundo sino amargura; nosotros, que todos los dias somos tan eloquentes sobre sus infelicidades; nosotros, que tan à menudo detestamos sus caprichos, su servidumbre, sus injusticias, su ceguedad, sus trayciones; nosotros, vuelvo à decir, siempre esclavos de este miser-

ra-

rable mundo, no sabemos, ò no queremos desprendernos de él. Tenemos curiosidad de sus modas, somos apasionados de sus placeres, locos por sus grandezas, ambiciosos de sus bienes, encaprichados del deseo de agradarle; le amamos con furor, seguimos todas sus leyes, nos sacrificamos por él. Ay de mí! En dónde estaría el dia de hoy San Bernardo, si huviera servido á un amotan indigno? Mas en qué vendremos á parar nosotros? Limitamos nuestras esperanzas à esta vida, y no hay para nosotros eternidad? Ea, amados oyentes míos, por qué no hareis, con la asistencia de la gracia, una pequeña parte de lo que tan gloriosamente executó el Santo, que alabamos? No se os manda salir del siglo, ni cargaros con una pesada cruz, como él. No entienden todos, dice el Salvador, esta sublime palabra: dichosos aquellos à quienes se concedió la inteligencia. Mas no podreis, á lo menos, privaros de algu-

gunos gustos criminales, guardar alguna moderacion en las diversiones, usar de vuestros bienes, sin abusar de ellos, vivir entre los hombres sin olvidar á vuestro Dios? Esto es difícil. Pues qué diriais, si se os pidiesen los sacrificios, que pudo hacer el Abad de Claravál? Haviendole ya considerado en su vida monastica, sigamosle en un teatro mayor, en donde vâ à brillar, como el apoyo de la Iglesia, y la luz del christianismo: *Loquebar de testimoniis tuis in conspectu Regum.* Esta es la segunda parte, que acabo brevemente.

SEGUNDA PARTE.

LA santidad sin la ciencia erraria facilmente, dice el mismo San Bernardo; y la ciencia sin la santidad podría procurar engañar à los otros. La ciencia sin la santidad no querria hacerse util; el mismo Dios muchas veces no se dignaria de emplearla, pero